

La lucha de clases en la subjetividad. Filosofía, clínica y política en León Rozitchner

EMILIANO EXPOSTO*

Resumen

El artículo examina la relación entre filosofía, clínica y política en el pensamiento de León Rozitchner. Se centra en los conceptos de cuerpo, subjetividad y sujeto, buscando indagar en el problema de la eficacia política y terapéutica en el terreno de las luchas.

Palabras clave: Cuerpo, Trabajo, Subjetividad

117

Abstract

The article examines the relationship between philosophy, clinic and politics in the thought of León Rozitchner. It focuses on the concepts of body, subjectivity and subject, seeking to investigate the problem of political and therapeutic efficacy in the field of struggles.

Key words: Body, Work, Subjectivity

* UBA-CONICET; emi_07_e@hotmail.com

INTRODUCCION

Freud y los límites del individualismo burgués de León Rozitchner fue publicado en Argentina en 1972. “Mi libro sobre Freud está dedicado a los militantes de izquierda, no a los psicoanalistas, o a los psicoanalistas en tanto militantes (...) Me interesaba plantearle a la izquierda militante un punto ciego que Freud iluminaba para la política”, escribe el autor (2015: 49). Al calor de la coyuntura histórica, ese libro inaugura las interrogaciones rozitchnerianas sobre las encrucijadas entre la teoría crítica marxista, la política emancipatoria y el psicoanálisis freudiano. Las preguntas fundamentales son las siguientes: “¿qué significa formar un militante político?” (2013: 26) y “¿cómo producir una acción política eficaz?” (2013: 35). Cuestiones a las cuales podemos añadir el problema elemental que atraviesa la obra de Rozitchner: ¿de qué modo introducir lo más personal en la práctica filosófica y en la praxis política? La premisa básica de nuestro texto es que Rozitchner nos habilita una *orientación clínica de la filosofía*, la cual está destinada a problematizar unos puntos ciegos en la política: la subjetividad y los cuerpos.

Con estas palabras comienza *el Freud de Rozitchner*:

¿Cómo justificar, entre nosotros, un libro más? La pregunta no es retórica: ¿es posible escribir sin pudor otra cosa que no sea sobre la tortura, el asesinato, la humillación y el despojo cuando el orden de la realidad en que vivimos se asienta sobre ellos? Y sin embargo es sobre eso de lo que aquí se escribe, es sobre su fondo lo que aquí pensamos. Pero tampoco se trata de un desplazamiento de la violencia hacia el campo de los signos. Un libro violento debe sonar a burla para quien enfrenta realmente la tortura y la muerte. Hay, en toda expresión literaria, un paso no dado todavía, una distancia que ninguna palabra podrá superar, porque ese paso existe en un más allá hacia el cual la palabra apunta; aquel por donde asoma la presencia de la muerte si se osara darlo. Tal vez este libro, en su idealidad de papel y tinta, sólo sea el intento de comprender una distancia que la burguesía abrió en cada uno de nosotros: saber qué se resiste en nosotros para ir más allá de los propios límites. Este trabajo está pues dedicado, preferentemente, a la izquierda: se inscribe en los problemas que en ella se debaten. Por lo tanto, en una nueva etapa de la lucha de clases en Argentina, donde la conmoción y la resistencia popular produjeron lo inédito en nuestra realidad: los levantamientos de ciudades enteras contra el ejército de ocupación que una clase se dio para detener, creen, la dialéctica de la historia. En estos años que van hasta el presente, mucho dolor, mucha frustración y sufrimiento siguen amojonando los trechos recorridos –en la tortura, el asesinato, la violación que desde el poder se prolongan– (2013: 23).

Rozitchner realiza un gesto importante: emplea las coyunturas argentinas y latinoamericanas como motivos de grandes problemas del pensamiento. Los conflictos y obstáculos en el territorio situado configuran los contornos del pensamiento. Rozitchner concebía la filosofía como una *experiencia terapéutica* dedicada a elaborar una distancia según la cual se separa lo vivido de lo pensado, el cuerpo de la representación. En la elaboración de esa grieta, es posible conquistar otra sensibilidad para una acción eficaz capaz de “curar” colectivamente las vidas dañadas como mediación para reimaginar las revoluciones. Esta *politización clínica de la filosofía* asume una premisa rozitchneriana: pensar es movilizar afectos, roturar un cuerpo (1996: 64). La producción de conocimiento es inseparable de la producción de subjetividad y agencia política. Pues toda producción de conocimiento afecta los cuerpos. La creación de saber antagonista puede generar cuerpos rebeldes. El pensamiento sobre las prácticas de rebeldía puede potenciar esas mismas prácticas. El proceso filosófico de producción de conocimiento antagonista no es separable del proceso clínico de producción de subjetividad política.

“Mi libro sobre el individualismo burgués está dirigido a la izquierda para plantearles desde Freud una comprensión diferente de lo que está en juego en la política” (2015: 51). Lo que está en juego son los cuerpos, la agencia de los sujetos reales, la propia vida. Hay sensibilidades, coyunturas y luchas que juegan un papel crucial. Rozitchner no se preocupa por las *condiciones formales de posibilidad del pensamiento*, sino por la eficacia de la acción, por las *condiciones materiales de realización de una política eficaz*. Por esto se pregunta *qué nuevos tipos de luchas, qué nuevos modos de vida y qué nuevos enunciados* recorren cada coyuntura, en un entramado de vida, historia y práctica teórica.

La lucha de clases tiene una eficacia subjetiva: modifica formas de sentir, actuar y desear. Si la filosofía es concebida como una práctica sensible para desafiar los propios límites en virtud de intentar ir más allá de una angustia de muerte, debemos hoy en día verificar en nosotros mismos los límites y las potencias ambiguas abiertas en las crisis en curso. La filosofía parte de la experiencia histórica de la propia vida en común. Pensamos y actuamos en condiciones no elijadas por nosotros mismos. Atravesamos una crisis multidimensional del capitalismo. Las crisis ecológicas, económicas, sociales, sanitarias y políticas conviven con *crisis subjetivas desiguales*. Estas se encarnan en malestares. La experiencia común de la catástrofe se verifica en lo intransferible de la propia vivencia del colapso, se corrobora en el sentido fundante de los malestares y deseos. Estas crisis responden a la imposibilidad de subordinar nuestras vidas a la reproducción del capital. Crisis por la inadecuación de los cuerpos al gobierno de las crisis capitalistas. El cuerpo afectivo es el lugar material en el cual la crisis capitalista se expresa y experimenta. Una política terapéutica es aquella que

parte de las propias situaciones vividas, de sus conflictos y contradicciones, como mediación concreta para radicalizar lo colectivo.

El citado libro se puede inscribir de modo parcial en la tradición conocida como freudomarxismo o marxismo freudiano, sin confundirse con los proyectos de Wilhem Reich, Herbert Marcuse o Félix Guattari. “Nuestro freudomarxismo salía primero desde Marx, de la política y de la filosofía, y no desde Freud y menos de los psicoanalistas” (2015: 70). Pretende conectar a la teoría crítica de la subjetividad con sus verdaderos problemas, es decir con los desafíos de la transformación, supresión y superación emancipatoria del capitalismo patriarcal y colonial. El problema de la formación de las subjetividades no es solo un problema clínico o teórico, sino un problema político: la lucha por la transformación cotidiana – inmanente y permanente – de los cuerpos y mentes explotados por el capital. “Freud y el marxismo, la filosofía y el pensamiento político, fue y sigue siendo mi marco, no los psicoanalistas de consultorio” (2015: 71). La filosofía admite un perfil clínico al desarrollar una escucha del saber de las luchas.

Rozitchner sostiene el postulado según el cual “toda psicología individual es, desde siempre y principalmente, psicología social” (2008: 79). La teoría crítica marxista de la sociedad encuentra en la analítica freudiana del deseo una mediación subjetiva: “el inconsciente mismo habla y dice la verdad del amo” (2003: 241). La distancia que la teoría crítica enfrenta en el plano del pensamiento prolonga las distancias que conforman lo “impensado en la densidad misma de la trama social” (2003: 241). Rozitchner llama “psiquiatría materialista”, “psicología como ciencia histórica” o un “psicoanálisis político” a su lectura política de Freud. Con esto, busca evitar tanto una reducción psicologista como también el aplicacionismo culturalista/sociologicista del psicoanálisis. El autor intenta construir un concepto de inconsciente articulable con las luchas políticas.

Nuestra *actualización* de la obra rozitchneriana ocurre en el plano de una investigación militante de los malestares sociales en el trabajo en una coyuntura de crisis, fascismos y revueltas. Por este motivo, asume ciertas características: la crítica marxista deviene filosofía clínica, el psicoanálisis freudiano se transforma en salud mental popular y desde abajo, y la política se convierte en política terapéutica. De este modo, la *filosofía* es entendida como *epistemología militante o saber de los cuerpos*; el *psicoanálisis* se comprende como *terapia política o subjetivación de las luchas*; y la *política* puede ser dinamizada como *estrategia de poder antagonista o fuerza de “cura colectiva”*. Entre las prácticas de la filosofía, la clínica y la política no encontramos un mero enlace de discursos, sino una concordancia de cuerpos que sienten, actúan y piensan (2013: 47). La pretensión política de esta composición materialista se sostiene en que “el análisis del individuo, la «cura individual», abre necesariamente a

la «cura» colectiva, si pretende ser coherente como ciencia y terapia: abre a la revolución”, como dice el autor (2013: 20).

Nuestra lectura de la obra rozitchneriana asume *el punto de vista de los cuerpos en lucha*. Es una investigación cuyos conceptos se construyen a partir de procesos reales de malestar, disfrute y resistencia. En *Freud y los límites del individualismo burgués* se pregunta, al calor de la lucha en los procesos del Cordobazo y el Rosariazo en Argentina - entre otros hechos históricos de insurgencia popular -, por las “condiciones de la eficacia personal y colectiva en el ámbito de la actividad política” (2013: 23). La eficacia política está ligada a la capacidad de politización de los cuerpos en el trabajo, de sus malestares, deseos y saberes concretos, como índice de una potencia colectiva. El signo terapéutico de una política eficaz es aquel capaz de reorganizar los placeres y dolores. Ese criterio pasa por el cuerpo como mediación para reimaginar las revoluciones. En este sentido, años más tarde, Rozitchner se pregunta: “¿Tendrá algo que ver hacer política con hacer el amor” ¿O con lo que hacemos con nuestros hijos, con la amistad, con el dinero, con el trabajo, con el poder que ambicionamos, con la figuración, y con el modo como seguimos retomando, siempre, o negando, nuestra historia anterior?” (2011: 32).

Rozitchner es capaz de persistir en la construcción de un *deseo revolucionario* sin dejar de pensar a fondo los fracasos y las derrotas sufridas. Rechaza tanto la *izquierda sin sujeto* como el *sujeto sin izquierda*, señalando tanto la banalización o subordinación de los cuerpos concretos de los primeros, como el déficit de historicidad estratégica de los segundos. En su discusión con las nostalgias progresistas y las melancolías izquierdistas, problematiza aquellas dinámicas emocionales que mantienen a los agentes políticos apegados a imaginarios, métodos de lucha y deseos estereotipados que disminuyen la potencia de actuar. Otorga *centralidad epistemológica a la subjetividad del trabajo vivo*, entendida como cuerpo afectivo donde se genera el sentido de la cooperación social en el capitalismo. El cuerpo es la sede de la experiencia y el conflicto social, la fuente de la inteligencia colectiva. La experiencia de la organización capitalista de lo real es una experiencia sensible, donde se anudan trabajo y cuerpo, subjetividad y antagonismo. Los dramas históricos no deben ser asumidos en exterioridad al escamotear el propio cuerpo, sino verificados en “la propia sensibilidad, el propio afecto, la propia percepción” (2011: 34). La *potencia clínica* del pensamiento se mide en relación a la capacidad de percibir posibilidades gestadas en las luchas, cuyos deseos o fantasías pueden desbordar los límites de la dominación. Si “freudianamente” diríamos escuchar y “lacanianamente” diríamos leer posibilidades, Rozitchner nos invita a ejercitar los sentidos del olfato, el tacto, el gusto en la clínica política. Esta investigación filosófica aspira a construir saberes al interior de las experiencias, asumiendo que toda eficacia

se dirime en lo real de un enfrentamiento: el choque del deseo revolucionario con sus obstáculos concretos.

En la "Introducción" a *Freud y los límites*, Rozitchner aclara que su libro está escrito en nombre propio, en "primera persona". Se trata de un libro con "sujeto". Uno donde la experiencia es vivida como terreno de interrogación y exploración del sentido; índice de constitución de valores situados y verificación sensible de los hechos históricos. La pregunta por la *eficacia política* asume la forma de un *realismo político revolucionario*, capaz de detectar obstáculos reales en el enfrentamiento del deseo emancipatorio contra las relaciones capitalistas. Se trata de una eficacia propiamente "clínica": "si la política fuera realmente eficaz curaría en lo colectivo a cada uno de los hombres que participan en ello: destruiría los terrores históricos e invalidaría así las salidas en falso" (2008: 205).

¿Por qué Rozitchner entonces? Porque el diálogo con su obra es crucial para quienes desarrollan una *lucha de clases ampliada* en las situaciones argentinas. La discusión con Rozitchner es decisiva para quienes proponen hoy una perspectiva emancipatoria, al menos por tres razones. La primera es *política*. El materialismo rozitchneriano permite desmitificar la concepción progresista del consenso postdictatorial en nuestro país, acentuando el antagonismo de todo proyecto radical nacido desde los cuerpos. El carácter antagónico de la política devuelve a los cuerpos la cuestión de la contrahegemonía, afirmando la posibilidad de construir otras formas de vida colectivas para contestar el "terror fascista" en tiempos de crisis. La segunda razón es *crítica o filosófica*. La teoría en Rozitchner deviene diagnóstico crítico para la acción transformada. La filosofía asume el punto de vista del cuerpo, la perspectiva de las luchas populares. Las resistencias contra la dominación están en el centro de esta *investigación militante en filosofía*. Y el tercer motivo es *clínico o terapéutico*. La articulación entre marxismo y psicoanálisis desemboca en la formulación de una *terapia política o una salud mental desde abajo*. Los malestares y placeres actúan como la premisa extra-discursiva de su pensamiento, por lo cual permite conectar nuestras dolencias concretas con el desafío de reimaginar los procesos emancipatorios. Otorga de este modo un vector terapéutico a la política y una importancia política a las prácticas clínicas, en lo que denominamos *política terapéutica*.

LA ENSEÑANZA DE FREUD

En este apartado nos interesa destacar en particular la contribución de Rozitchner para la gestación de un método para una investigación militante en la cual sea posible

componer los problemas filosóficos, clínicos y políticos. Militante es aquella investigación practicada como *método de comprensión crítica y herramienta de combate cultural*. La comprensión del antagonismo vivido en el cuerpo es inseparable de la organización de las resistencias para combatir la explotación del trabajo y la precarización de las vidas. La experiencia de los sujetos oficia como el sostén material de unas verdades históricas, las cuales pueden ser conquistadas en procesos de conflictividad y subjetivación situada.

Las enseñanzas de Freud son tan importantes para el marxismo y la política porque convergen ratificando, en el análisis del sujeto extendido hasta mostrar las determinaciones del sistema en su más profunda subjetividad, las verdades que Marx analizó en las estructuras “objetivas” del sistema de producción. Mensaje y verdad que la mayoría de los psicoanalistas ignoran, pero que los *militantes revolucionarios* debieran integrar como un saber que les es propio. Hasta que la teoría psicoanalítica no vuelva a encontrar el fundamento de la liberación individual en la recuperación de un poder colectivo, que sólo la organización para la lucha torna eficaz, en la medida en que no vuelva a encontrar como fundamento de toda cura la necesidad –no aleatoria– de dirigir esa violencia que el normal y el enfermo ejercen contra sí mismos ahora contra el sistema represor, hasta que esa necesidad no aparezca como una necesidad inscrita en la esencia y en el fundamento del “aparato psíquico”, ese aparato será, en cada uno, una máquina infernal montada por el enemigo en lo más propio (2013: 29-30; énfasis añadido).

La lucha de clases constituye el corazón de las subjetividades concretas. Este es el saber de los cuerpos que los militantes revolucionarios, según Rozitchner, deben hacer propio, constatando en el análisis freudiano del inconsciente las premisas marxistas de la teoría crítica. El clásico tema de la toma de consciencia se desplaza hacia un nuevo horizonte de problemas: la contrahegemonía material se gesta en cuerpos, ambientes, territorios y sujetos concretos. El fundamento de la “cura” denominada individual se halla en una transformación subjetiva organizada colectivamente (“cura colectiva”). Podemos “sanar” transformándonos, a la vez que transformamos el mundo. Así como el psicoanálisis deviene una *terapia política*, la política revolucionaria se convierte en *política terapéutica*. Este cruce entre Freud y Marx no deja intactos a los términos de la relación, los transforma en análisis militante y en filosofía militante al interior de las luchas.

Para Rozitchner cada sujeto es núcleo de elaboración de una verdad histórica, pero está última no se construye en la contemplación o en el orden del concepto. El sentido de una crisis no se corrobora en la adecuación entre las palabras y las cosas, o en la consistencia argumental de un discurso. Ese sentido palpita en la propia vida. Se

encarna en malestares y deseos. *Las crisis objetivas deben verificarse en nuestras crisis subjetivas.*

El sentido de las crisis capitalistas se sostiene en la vivencia personal de los malestares. Las verdades situadas pueden ser pensadas por sus efectos sensibles. Se constatan en nuestro cuerpo, en tanta materia entrelazada con otros cuerpos. La filosofía es entonces clínica cuando pone en juego el sustrato fundante de la vivencia de los malestares, a partir de los cuales se anuda en el propio cuerpo la experiencia de una totalidad concreta. Cuando el enfrentamiento es inseparable de la verificación de unas verdades. La clínica filosófica es una investigación cuyos conceptos se crean desde procesos ambiguos de odio y amor, de placer y dolor. A diferencia de la lengua de los derrotados, se parte de la premisa afectiva de los malestares. Pero no trata de un anticapitalismo gestual, tendiente a reforzar el sufrimiento en la cultural del capital. La filosofía asume un signo clínico propiamente político cuando nace del dolor como inicio de una nueva potencia común.

Para Rozitchner “Freud realiza la crítica más dramática e irrefutable del individualismo burgués y de la concepción convencional sobre la que reposa el humanismo occidental tradicional” (2013: 93). Esta articulación entre freudismo y marxismo se realiza en tres registros específicos o prácticas heterogéneas anudadas. Lo que hemos denominado filosofía clínica, terapia política y política terapéutica. La investigación militante del malestar en el trabajo admite la forma de una *clínica política* hacia el interior de las luchas sociales. Es en el seno de las prácticas revolucionarias que el psicoanálisis se presenta como política terapéutica y, con ella, la práctica clínica como analizador de masas. A Rozitchner le interesa en este sentido brindar un concepto de corporalidad articulable con la praxis política. Una categoría de subjetividad que otorgue saberes útiles para pensar las dimensiones emocionales y afectivas abigarradas en la construcción de potencia, en los liderazgos, en los grupos y masas. Lo inconsciente no está dado, hay que producirlo, trabajarlo. El sujeto psíquico emerge a partir de diferentes prácticas y procesos: biológicos, tecnológicos, emotivos, sociales, etc. El cuerpo, de acuerdo a Rozitchner, es efecto de conflictos, resistencias y transacciones abiertas. La subjetividad del trabajo se construye de forma situada en prácticas concretas y dispositivos reales.

El problema del sujeto admite su politicidad a la luz de la *lucha por la contrahegemonía clasista o popular*: la disputa por la construcción de una *subjetivación antagonista* en procesos de comprensión y combate. Esta propuesta confronta con las perspectivas donde los sujetos o modos de vida proletarios se distancian de las categorías históricas que organizan lo real: “psicología sin guerra y sin terror, sin dominantes ni dominados, sin lucha de clases en la subjetividad de cada sujeto” (Rozitchner 2013: 23). La lucha de clases atraviesa los cuerpos. Rozitchner

discute tanto con el psicoanálisis lacaniano como también con la psicologización del freudismo, reprochando la deshistorización de los primeros y el individualismo de los segundos. El conciencialismo del marxismo tradicional es destituido, al restituirse el cuerpo vivo. Se trata de desentrañar la dialéctica antagonista que se produce en inmanencia a la subjetividad. Esto es: “la distancia histórica abierta por la cultura capitalista en el seno del propio sujeto” (2013: 21).

Comprende la subjetividad como escindida, entre una *distancia interior* (separación de sí) y una *distancia exterior* (separación de los otros, la tierra, los medios de producción).

El carácter “clínico” o “terapéutico” depende del problema de la politización de los malestares y deseos en el trabajo, como mediación concreta para hallar posibilidades de vida que aquí y ahora contesten la crisis actual de los imaginarios emancipatorios. De este modo, busca componer un pensamiento de la *potencia política de las posibilidades*. A Rozitchner le interesa menos martillar la impotencia impuesta por el capital, que detectar las posibilidades que se abren en las situaciones de vida y resistencia, en los procesos de lucha y organización. Es una filosofía militante (Marx), una terapia política (Freud) y una política clínica (Spinoza y Clausewitz). Según nuestra lectura del argentino, las luchas crean estrategias de subjetivación, modificando los modos de desear, padecer, pensar y actuar. La alteración colectiva de la subjetividad es inseparable de la disputa más general contra las formas de explotación, precariedad, expropiación y propiedad privada. Lo que están en juego son las facultades subjetivas ineludibles para pensar un *nuevo concepto de eficacia política* y un *nuevo realismo político revolucionario*. Por estas razones para Rozitchner no hay “cura individual” sin una llamada “cura colectiva”. Ya que la eficacia de las políticas no puede eludir el momento necesario, más no suficiente, de la transformación de los sujetos concretos del cambio.

EL CUERPO ES ARENA DE UNA “LUCHA DE CLASES AMPLIADA”

Para Rozitchner el descubrimiento más fecundo de Freud es “la lucha de clases incluida en la subjetividad del hombre como núcleo de su existencia más individual, y que, por la forma que le impuso el individualismo burgués, ignora de sí mismo” (2013: 29). El dispositivo de subjetivación mercantil se basa en la privatización de las potencias colectivas de los cuerpos. El individualismo capitalista separa a los cuerpos de lo que pueden, escindiéndonos de la cooperación social, de los otros, de la naturaleza y el cosmos. El mando del capital niega la presencia de una *lucha de clases ampliada* en nuestra subjetividad. Hacemos referencia a unos antagonismos

generalizados, surcados por conflictos feministas, obreros, disidentes, populares y ecológicos. El *antagonismo subjetivo* remite a nuestros conflictos entre modos de ser capitalistas y formas de vida disidentes, entre las vidas automatizadas y las prácticas de subjetivación autónoma.

La tarea para Rozitchner no consiste en explicar las determinaciones políticas y económicas de los cuerpos, sino en verificar el modo en que las luchas sociales existen anudadas en cada cuerpo: “en este cuerpo vivo que late y siente, que es mi existencia más irreductible” (2011: 12). Nos invita a convertirnos en el lugar donde se elabora, como experiencia de vida, el sentido que la reflexión solo enuncia como discurso, y enfrentar el riesgo de unos saberes y potencias emergidas en las luchas. El conflicto social se metaboliza en cada cuerpo. Los afectos, en tanto capacidad de afectar y de ser afectados, son instancias colectivas construidas históricamente en la cooperación social.

Está es una filosofía encargada de la *politización de lo personal* como problema colectivo. Al combinar el marxismo y el psicoanálisis, examina la convergencia entre luchas concretas, crisis capitalista y subjetividad. Nuestro punto de partida es que Rozitchner permite articular tres registros: *filosofía, clínica y política*. Porque asistimos, justamente, a un materialismo filosófico que impulsa un movimiento de politización de los afectos, malestares, deseos y fantasías de la subjetividad del trabajo. Al destacar la relevancia política de las pasiones, demuestra que la politicidad de las emociones no se juega en el orden moral (“los más nobles ideales”), sino al nivel de los modos de vida. El antagonismo se da en el inmediato plano de la cooperación histórica entre los cuerpos.

La subjetividad es concebida por Rozitchner como un *nido de víboras*, en el cual se debaten procesos de dominio y resistencia, servidumbre y desobediencia, explotación y sabotaje. Según Rozitchner, el capital no designa un poder exterior, sino la voluntad política de organizar nuestros afectos gobernando las estrategias existenciales. El capitalismo neoliberal es comprendido y combatido por sus formas de hacer vivir. La subjetividad es un cuerpo concreto y vivido; involucra factores biológicos, psíquicos, culturales y políticos actuantes en la producción del sujeto de la acción y la pasión.

La hipótesis de este trabajo es que *la subjetividad encarnada es un campo de batallas*. Las personas no somos engañadas o manipuladas, participamos de modo inconsciente en la reproducción del sistema dominante. Se trata de la *servidumbre voluntaria*: los oprimidos podemos desear contra nuestros propios intereses y demandas conscientes.

Así las cosas, el pensamiento de Rozitchner parte de este diagnóstico: no hay transformaciones políticas posibles sin subjetividades antagonistas que las

dinamicen. Estas subjetividades se construyen en experiencias concretas de lucha y organización de las fuerzas sociales. Por eso no es loable realizar una investigación de la subjetividad del trabajo vivo sin mapear los conflictos y radicalidades emergentes en el protagonismo social. La formación de cada sujeto nunca es solo sumisión, sino ambivalencia constitutiva: involucra resistencias y sujeciones, servidumbres e subordinaciones. El sujeto no remite aquí a los agentes colectivos, sino al cuerpo concreto de la experiencia. Designa ese campo de fuerzas en conflicto que somos. Rozitchner brinda razones para construir una *orientación crítica de la clínica* y una *orientación clínica de la crítica*, en función de politizar los vectores subjetivos implicados en la praxis emancipatoria.

Las luchas, en un sentido rozitchneriano, no realizan solo una transgresión ideológica a las tecnologías del poder. Destituyen en acto las fantasías dominantes, creando nuevos afectos, percepciones y lenguajes. Sabotean la expropiación del territorio corporal.

El pensamiento rozitchneriano es “postdualista”, en la medida en que dismantela las jerarquías entre las pasiones privadas y públicas, femeninas y masculinas, etc. La distinción entre emoción y razón, o entre cuerpo y mente, se disuelve en favor de un materialismo del cuerpo como territorio del inconsciente. Aquellas son distinciones cristianas, patriarcales y coloniales, a partir de las cuales se “psicologizan”, “naturalizan” o “privatizan” los afectos colectivos. Este descentramiento del sujeto admite que en la construcción histórica del cuerpo se conjugan la violencia infantil (Edipo), las resistencias de las luchas sociales, la naturaleza como cuerpo inorgánico de la subjetividad humana y el terror como “principal método del sometimiento” (2003: 265). La expropiación capitalista implica una desposesión de los medios de producción social, libidinal y simbólica, la cual separa los cuerpos de lo que efectivamente pueden.

Podríamos ubicar a Rozitchner en el marco del llamado “giro afectivo”, dada su preocupación por desentrañar las economías subjetivas involucradas en la economía política. Los sentimientos se ubican en la misma infraestructura de las relaciones sociales. Las emociones, por lo tanto, son reivindicadas en su dimensión común. El interrogante rozitchneriano por la formación política de una subjetividad revolucionaria se prolonga en la cuestión de la eficacia de la praxis emancipatoria, sobre el fondo de la transformación personal y colectiva. La filosofía es materia prima de la formación, constitución y transformación del sujeto. Esto se desprende de la tesis principal de este filósofo: “cada sujeto es núcleo de verdad histórica” (2013: 30). Somos un índice afectivo en el cual se elaboran las violencias, resistencias y conflictos sociales.

El interrogante político crucial de este filósofo es “hasta dónde debe penetrar la revolución para ser eficaz” (2013: 28). El escenario de las luchas de clases, sexuales y raciales es el índice que verifica la terrenalidad de la filosofía. De una filosofía que se pregunta cuáles son los *obstáculos reales* que “siguen sustentando pese a todo el proyecto de transformación radical sin radicalidad” (2013: 28). Que entiende necesario “saber qué se resiste en nosotros para ir más allá de los propios límites” (2013: 23)

Según nuestra lectura de Rozitchner, son las luchas quienes politizan los contenidos sociales de nuestras fantasías, deseos y dolencias. Suspenden el avasallamiento, contrarrestando la colonización de las pasiones en virtud de sabotear los imaginarios dominantes. De este modo, una *filosofía clínica* y una *terapia política* son prácticas concretas que en su especificidad nos permite develar qué “determinismo combatir y, entre ellos, cuáles son los que siguen sustentando pese a todo el proyecto de transformación radical sin radicalidad” (Rozitchner 2013: 26). Para el autor, las sublevaciones desarrollan un laboratorio de políticas del inconsciente al interior de las luchas. Impugnan los *automatismos psíquicos y económicos*, creando dispositivos autónomos de crítica y clínica desde el cuerpo. Subvierten emociones y pensamientos. Las luchas funcionan como lentes para leer los conflictos sociales. La politización de nuestras vidas debe realizarse a la luz de los cambios subjetivos dinamizados por las luchas, pues permiten desafiar los límites de lo que hacemos, padecemos y deseamos.

128

EL MATERIALISMO ROZITCHNERIANO

“*De te fabula narratur*, recuerda Marx; hablamos de nuestro propio yo, nos señala Freud” (2013: 24). Rozitchner emprende un retorno sobre el sujeto, sobre el cuerpo libidinal y afectivo. El cuerpo se presenta como un *dispositivo de resistencia* en un marco teórico represivista. Introduce de este modo la politización de los deseos, dolencias, fantasías y placeres en el corazón de la práctica teórica, clínica y política. Hoy son las insurgencias feministas y antineoliberales, las insumisiones disidentes y las organizaciones sociales, los movimientos populares, quienes vienen construyendo una *política de la subjetividad* en este sentido aludido. Desde el punto de vista de estas luchas es necesario releer a Rozitchner, porque son estos procesos los que tienen eficacia en nuestras vidas: abren posibilidades de igualdad y libertad, amplificando el campo individual y colectivo de autonomía, cooperación y desacato. Nuestra premisa consiste en afirmar que *los cuerpos son arena de unas luchas de clases interseccionales y ampliadas*.

Emiliano Exposto: “La lucha de clases en la subjetividad. Filosofía, crítica y política en León Rozitchner” Antagónica. Revista de investigación y crítica social, no. 3, 2021, pp. 117-138.

Esta filosofía práctica procura anudar en el cuerpo la distancia entre lo sentido y lo pensado, fragmentados por el terror como “nervadura que organiza y sostiene el espacio social” (Rozitchner 2003: 35). El terror es el “modo particular de producir al hombre en la historia del occidente cristiano capitalista” (2003: 39). El autor cuestiona los binarismos actuantes en la distribución capitalista de lo sensible, mediante las distancias entre acción y pasión, interior y exterior, placer y dolor, yo y otros. Rozitchner denomina terror a la expropiación capitalista de las fuerzas subjetivas y sociales de la cooperación, a la negación de la experiencia corporal como lugar de elaboración de verdades situadas. Si el *terror capitalista*, con toda su teología política, se presenta como “fundamento último del todo poder social” es porque allí se “encubre un contrapoder más profundo que los pueblos deben despertar en sí mismo para vencer” (Rozitchner 2013: 25). Como territorio de recomposición de una subjetivación antagonista, el cuerpo proletario opera como arena de unas luchas de clases interseccionales que resulta urgente articular.

El autor se interroga por aquellas sujeciones inconsciente que la política radical debe subvertir, en virtud de componer nuestras posibilidades individuales y colectivas. Rozitchner visualiza en los procesos insurreccionales la emergencia de una potencia colectiva que neutraliza la violencia ofensiva del poder capitalista. Busca captar una *contraviolencia desde abajo de signo cualitativamente diferente* para desactivar el extractivismo sobre los cuerpos: “había situaciones, en la Argentina, que fueron de una violencia de otra cualidad: el Cordobazo, el Rosariazo, el Viborazo [...] ahí había un fundamento de creatividad humana histórica que no se pudo desarrollar” (2011: 95). El antagonismo implicar restituir unas potencias colectivas expropiadas. Supone formar un contrapoder que nace desde las luchas destituyentes y los cuerpos desobedientes. La contraviolencia popular es aquella capaz de crear una nueva sensibilidad. Es una contraviolencia defensiva como *política de la vida* contra una violencia ofensiva como *política de la muerte*. Es un bloqueo sensible ante la violencia asesina instaurada “desde arriba”. Todo este se dirime como experimentación en la lucha cultural, entendiendo la cultura como la creación de “modelos humanos”, como “otra forma difícil de ser hombres” (2011: 28). En la cultura se puede producir un contrapoder llamado deseo.

La cultura, como “proceso creador de subjetividad”, admite el estatuto de un campo de batallas en el cual la filosofía y la clínica ocupan un lugar político relevante. Porque son asumidas aquí como unas prácticas de subjetivación operada en situaciones concretas, destinadas a ampliar los márgenes de autonomía y deliberación, de decisión y desobediencia colectiva. Son ejercicios que bien pueden contribuir a subordinar la reproducción de las vidas bajo la reproducción del capital, o bien pueden acompañar aquellos procesos donde esas mismas vidas se autonomizan del

mando capitalista. Porque el capitalismo es una relación social entre subjetividades asimétricas y antagónicas, donde se oponen formas de dominación y fuerzas resistentes. El saber como *filosofía clínica* y la clínica como *terapia política* están dirigidos a detectar posibilidades de vida (y no para señalar impotencias). Pero no se trata de *posibilidades puras del pensamiento abstracto*, sino de *efectividades reales de los cuerpos en luchas concretas*. Esta articulación entre marxismo y psicoanálisis otorga menos una teoría crítica de la dominación que una *filosofía política como clínica de las posibilidades de emancipación*.

A partir de Rozitchner, podemos desarrollar una *terapia política* informada psicoanalíticamente y una *política terapéutica* de orientación marxista. En ambos casos, el pensamiento se presenta como una práctica concreta de subjetivación en situaciones de lucha. Es una escucha de las potencias abiertas por las resistencias. Una suerte de filosofía clínica para *detectar posibilidades prefigurativas* de inservidumbre y desacato en el presente. En momentos adversos, desde Rozitchner procuramos mostrar que los movimientos populares crean modos de vida que pueden exceder el gobierno capitalista, ampliando nuestras autonomías al expandir la potencia colectiva. La transformación del sujeto, en las mismas situaciones laborales, es condición de la transformación; el cambio en los modos de vida es condición necesaria, más no suficiente, del cambio social.

El criterio de verdad tanto en el marxismo como el psicoanálisis se halla en la práctica. Porque tanto el *problema de la cura en la práctica clínica* (análisis militante) como el *problema de la eficacia en la práctica política* (filosofía militante) adquieren sentido en el terreno mismo de las experiencias emancipatorias. Rozitchner conjuga a Marx y Freud en aquello que denomina “psicoanálisis político” (2008: 123). Intenta entender la ambivalencia constitutiva de lo subjetivo. Al hacer del sujeto el polo activo de la agencia, descubre la ambigüedad de toda objetividad social. Rozitchner devela el conflicto entre poder y desobediencia presente en la materia de las relaciones sociales. Es hábil para cargar de conflictividad a todas las categorías de la crítica práctica anticapitalista.

El materialismo rozitchneriano no es el materialismo de la “materia”, sino el materialismo de los antagonismos y conflictos; el materialismo de las experiencias y problemas reales. Restituye la importancia del propio cuerpo de una manera antagónica respecto de la exaltación neoliberal del individuo y la banalización izquierdista de lo personal subsumido a la totalidad. En lo personal se elabora lo colectivo y en lo colectivo se amplifican las potencias personales. Es relevante entonces el coeficiente “terapéutico” de la política y el vector político materialista tanto en la clínica como en la filosofía.

La filosofía rozitchneriana admite la designación de un *materialismo político*. Hablamos de un materialismo de los problemas surgidos del contacto real con experiencias de vida, con malestares y deseos concretos. Es en la resistencia de la vida precaria contra el extractivismo donde anidan las potencias emancipatorias para renovar los saberes, cuidados y contrapoderes. En efecto, en los procesos de emancipación emergen nuevos modos de vida y nuevas disposiciones de lucha. La investigación antagonista es un problema de la praxis situada, en la cual podemos hacer de nuestra experiencia una fuente de conocimiento para la acción. Pues la tesis del *sujeto como núcleo de verdad* significa que todos somos *índice de constitución y verificación* de los sentidos históricos. En los procesos de transformación de nosotros mismos nos podemos descubrir como creadores de una perspectiva autónoma, una subjetivación disidente contra el poder. Esta filosofía nos incita a pensar y habitar las situaciones concretas, a experimentar el índice de verdad que cada uno de nosotros es. Porque este núcleo de verdad que soy, “no solo es fundamento del conocimiento (filosofía), sino también de toda posible transformación de la realidad (política)”, dice Sucksdorf en “En busca del sujeto perdido” (2018).

El deseo de revolución anticapitalista resulta inseparable de una conciencia de los obstáculos que impiden el “tránsito efectivo” de la transformación en el plano histórico. Rozitchner parte del fracaso como *condición de efectividad* del pensamiento. La premisa de su pensamiento es la frustración, los malestares, la angustia producida por el conflicto entre un deseo revolucionario (por lo general insuficiente) y una realidad (por lo general más fuerte). Importa la impotencia como punto de partida de una dificultad de luchar contra enemigos a menudo más fuertes, no como resultado de una filosofía autocomplaciente. La creación de una subjetivación antagonista requiere elaborar un terror colectivo interiorizado, vivido como límite subjetivo en el enfrentamiento real.

No somos meros soportes pasivos de la estructura, ni funciones de unos sistemas de dominación abstracta. Al contrario, en cada cuerpo concreto se elabora la significación afectiva de las relaciones sociales. No solo sufrimos la opresión capitalista, sino que también nos organizamos para comprenderla y combatirla. El problema rozitchneriano es la transición subjetiva desde la vida mercantil hacia la invención de modos de vida. La imaginación emancipatoria queda vetusta si no pasa por una politización de los deseos y malestares. Esto implica transitar mediaciones reales entre la historia colectiva y la trayectoria personal. En la actualidad podríamos decir que las rebeliones populares y los movimientos feministas o disidentes, desarrollan una politización de los modos de vida en esta dirección rozitchneriana. Estos procesos de lucha expresan menos una “toma de conciencia” que la eclosión de *nuevas sensibilidades, percepciones e imaginarios*.

Esto otorga una *preeminencia* a los cuerpos respecto del poder, lo cual se conjuga con la *prioridad política* atribuida a las luchas sobre el capital. *Esta anterioridad no es ontológica o metafísica, sino una conquista de las luchas sociales*. Lo primero no es dios, la razón, el orden simbólico, la ley o la familia; lo primero son los cuerpos que luchan. Son las resistencias las que ponen las premisas sensibles y cognitivas contra el mando del capital. En las luchas surgen saberes y deseos que tiende a superar los límites del poder capitalista. Rozitchner presta particular atención a las posibilidades emergentes en los movimientos de masas y en las insumisiones de los cuerpos disidentes.

Los límites del capital también son subjetivos: los ponen quienes rechazan la servidumbre creando nuevas posibilidades de vida. En el marco contemporáneo de un “giro materialista” en las teorías críticas, esta filosofía profundiza la preocupación por la *dimensión no discursiva en la constitución de subjetividades*. La subjetivación antagonista no responde a la articulación simbólica “desde arriba” de las demandas. En cambio, entrama pasiones, prácticas y dispositivos concretos “desde abajo”, en función de los cuales coordinar lenguajes, afectos y conflictos. Para Rozitchner el problema es abrir un lugar cualitativo en el cuerpo desde el cual hacer política, un sentido radicalmente diferente de los sentidos entumecidos del enemigo. En este caso, la lucha ideológica y cultural no se resume a los medios de comunicación, a las campañas de concientización o a la denuncia. La batalla por la *contrahegemonía material*, siguiendo a Rozitchner, se da en los conflictos de los psiquismos y sensibilidades, de los espacios urbanos y domésticos, de las tecnologías y consumos. El cuerpo, el territorio, la naturaleza o las luchas marcan los *límites materiales* de las teorías basadas en la crítica de la forma social o en la construcción lingüística del mundo. Estas últimas “diluyen la materialidad del sujeto en el lenguaje o la razón” (2008: 21). Pero tanto en la política como en la filosofía y en la clínica, en tanto prácticas materialistas, está en juego “algo más que el significante”. El materialismo es aquella perspectiva que “pone el cuerpo y la coherencia sentida en el afecto”. Pues es una visión “sentida, afectiva y corporal” que, por lo tanto, “se revela y aparece en lo que el intelectual escribe o habla” (1996: 163).

La filosofía rozitchneriana se presenta como una investigación enfocada en la potencia subjetiva de las posibilidades creadas por las luchas populares. Estas potencias atravesadas por la fragilidad impugnan la impotencia progresista y la prepotencia de los neoliberales. Aquí la fenomenología de Merleau-Ponty y la insistencia de Ernesto “Che” Guevara en el problema de los “factores subjetivos” de las revoluciones, cumplen el papel de intercesores en esta confluencia entre marxismo y freudismo. El pensamiento que Rozitchner denomina “convencional”, como opuesto a una filosofía encarnada que interroga lo “fundante”, nos presenta un

“Marx sin sujeto, sin humanismo, sin lugar para la subjetividad” (2013: 29). Un marxismo reducido a la crítica de la totalidad abstracta desde el punto de vista del capital como único sujeto. Y, en el caso del psicoanálisis, “nos da un Freud preocupado sólo por el individuo singular, sin historia, sin masas rebeldes” (2013: 29). Sostenido en las operaciones del mando capitalista, este pensamiento “convencional” confirma aquello que el capitalismo disocia al separar la paz de la guerra, la vida de la muerte, el cuerpo de la historia, el deseo inconsciente de las luchas de clases. La filosofía clínica emplea un método anti-separación, devuelve el saber al cuerpo aterrizando las abstracciones en vidas concretas. Si acaso existe un “freudomarxismo rozitchneriano”, es porque otorga un inconsciente articulable con la política y sus luchas.

El criterio de verdad en filosofía se encuentra en los antagonismos sociales. Porque está razón de los afectos es inmanente a los procesos históricos. “El criterio de la verdad en la política está en la guerra”, escribe el autor (2008: 195). Se trata de un materialismo radical, preocupado por el núcleo sensible en el cual enraíza el conflicto social y, por lo tanto, donde debe encontrar su eficacia toda política. Lo real del enfrentamiento es el índice de corroboración del pensamiento y de la política. En la lucha se revela la eficacia.

Tanto Freud como Marx abren un camino para poder discernir “la estructura que organiza lo real”, discriminación que nos podrá llevar a una “acción verdadera”. La “composición subjetiva” de las clases trabajadoras constituye un terreno de disputa. Rozitchner muestra los antagonismos primarios que actúan en la fundación del sujeto psíquico. El cuerpo es el lugar de elaboración de los conflictos sociales. El enemigo habita en nosotros. Las contradicciones históricas se verifican en el sujeto, en la medida en que las “categorías históricas son fundamento de las categorías del aparato psíquico” (Rozitchner 2013: 145). La experiencia sintiente de los cuerpos, de sus saberes, encuentros y potencias, es el eje de una filosofía que llamamos militante, donde el pensamiento es inmanente a las experiencias de lucha y cooperación social del trabajo.

A MODO DE CONCLUSIÓN: POLITIZAR EL MALESTAR Y REIMAGINAR LAS REVOLUCIONES

Antes del citado texto dedicado al psicoanálisis freudiano, Rozitchner publica *Moral burguesa y revolución* durante el año 1962. Oscar Masotta escribe el prólogo a la primera edición. Se trata de un libro anclado en la experiencia de la revolución cubana. Se centra en los imaginarios y discursos de los prisioneros del conocido

hecho histórico de la invasión estadounidense a Playa Girón. Según Masotta, Rozitchner trata a los contrarrevolucionarios “como si fueran filósofos para sugerir los puntos en común entre la ideología que los mueve y toda la filosofía ajena al marxismo. Y quién dice filosofía ajena al marxismo dice, en nuestro país, filosofía universitaria” (2012: 22). *La filosofía como lucha de clases en la teoría* recorre este volumen. Aquí la investigación militante es una trinchera de resistencia cultural, donde se antagoniza contra la filosofía oficial.

Masotta define a León Rozitchner como alguien “que no se perdona ser filósofo, y que habiendo elegido el terreno de la reflexión ética, sólo está a gusto al contacto con las cosas: la política de su país o la Revolución Cubana, la guerra o el hecho de la muerte, la lucha, la violencia, esto es, el contacto con la verdad” (Masotta, 2012: 22). La militancia es una cualidad estratégica de la investigación, porque se asume implicada al interior de las formas de lucha, cooperación y transformación. Se trata de construir experiencias de inteligencia colectiva donde la producción de saberes y la organización de cuidados y poderes autónomos entramen formas de vida y activismos, historia colectiva y praxis teórica. Todo esto quizás pueda ser una contribución para reimaginar las revoluciones.

134

La *crisis en la imaginación de futuros emancipatorios* se encarna en nuestra vida anímica como *crisis subjetivas* desiguales. La obsolescencia de la imaginación coincide con síntomas políticos encarnados que tienen efectos personales diferenciales. La politización de las dimensiones emocionales de lo social es condición del *tránsito sensible* desde las formas subjetivas capitalistas hacia la creación de nuevos modos de vida. Las prácticas subjetivas de transformación no admiten el estatuto de un “salto en el vacío”. La politización del malestar del trabajo es una mediación para revitalizar la imaginación.

Si el pensamiento convencional se presenta sin cuerpo, sin historia y sin guerra, Rozitchner elabora una *filosofía materialista*. Una “filosofía de la praxis”, donde pensar es hacerlo contra los límites impuestos por el terror. Masotta dice lo siguiente: “si la filosofía es la filosofía sin clases sociales, sin mal y sin revoluciones nadie será menos filósofo que Rozitchner” (2012: 22). Rozitchner es filósofo en la medida en que la condición histórica de realización de su filosofía es, precisamente, la “no-filosofía”: la política, las luchas concretas, las situaciones reales, los cuerpos. Por este motivo es que Masotta añade: “pero si la filosofía no es más que un intento de mantener palpitante la exigencia humana de racionalidad y de universalidad al contacto vivo con el mal y las tragedias de la historia, podremos llamar filósofo, contra su propio gusto, a Rozitchner” (2012: 22). En la línea de Masotta, una de las hipótesis centrales de esta tesis es la siguiente: *la reimaginación de las revoluciones adquiere el estatuto*

de problema filosófico, clínico y político en la pregunta por la eficacia. Masotta escribe lo siguiente:

Pero entonces, usted, que filosofa, que conoce de algún modo aquello por lo que se pregunta, ¿cómo se las arregla para silenciar con su pregunta la presencia dramática de las guerras, de la muerte, de la revolución? (...) La significación de una mala filosofía, esa que se niega a poner a prueba la reflexión al contacto con el hecho de la muerte concreta, la muerte histórica, política (2012: 22).

La crisis en la imaginación colectiva de futuros emancipatorias se verifica en lo más personal de la vida anímica en crisis. En nuestros padecimientos subjetivos se elaboran los bloqueos de los imaginarios radicales. Rozitchner se pregunta “hasta qué límites deben llegar el conocimiento y la transformación que la izquierda se propone para plantear adecuadamente la teoría que se prolonga en la actividad política” (2013: 28). La restitución de la potencia antagonista es inseparable, entonces, de un ejercicio de politización de nuestros malestares, fantasías y deseos. En el “archivo rozitchneriano” hay un movimiento que va desde los malestares concretos hacia los deseos revolucionarios, pasando por las luchas sociales y el bloqueo de la imaginación política.

En el libro donde se compilan las ponencias de las Jornadas *León Rozitchner: contra la servidumbre voluntaria* (2015), Marcelo Percia señala que la “revolución ocupa el lugar de sujeto” en la obra rozitchneriana. Percia señala que el problema no es el “deseo de la revolución” sino las “revoluciones como deseo”. La pregunta hoy en día es: ¿las revoluciones siguen siendo deseables? El interrogante por el *qué hacer*, requiere ser combinado con la inquietud del *cómo hacer*. Nuestra tesis parte de una intuición: *nuestro desafío intergeneracional es reimaginar las revoluciones*. La actualización del pensamiento rozitchneriano, en consecuencia, puede ser un aporte en esa dirección. La filosofía militante, la terapia política y la política clínica se insertan en una dimensión estratégica: la necesidad de recomposición de una cultura argentina de izquierdas.

El problema político de la transformación radical de la sociedad nos reenvía entonces a la pregunta clínica y filosófica por la “subjetividad inconsciente” (Rozitchner, 2013: 89). Y esto porque, según el pensador argentino, la transformación subjetiva es necesaria, mas no suficiente, para la transformación revolucionaria de la sociedad. Puesto que de lo contrario, “lo negado abstractamente subsiste y, como nos enseña Freud, nos sigue determinando, sólo que ahora dedicando nuestras energías a que no aparezca” (Rozitchner 2013: 28). El autor indaga sobre la llamada “servidumbre involuntaria”.

En el actual periodo histórico, las revoluciones no han muerto. En cambio, hoy se han transformado los modos de imaginarla, practicarla y organizarla. No hay cambio

social sin protagonismos de las clases trabajadoras. Hoy los feminismos y los sectores combativos del precariado y el sindicalismo, los activismos disidentes y ecológicos, entre otras figuras de protagonismo social, vienen a evidenciar las *mutaciones subjetivas* en los procesos de transformación radical. Estos movimientos de masas revitalizan aquí y ahora la experiencia misma de las revoluciones. En este marco, Rozitchner resulta un autor cardinal en la medida en que cada categoría por él examinada se relaciona con la naturaleza antagonista de la lucha de clases en el plano concreto de las experiencias de los cuerpos. Al afirmar que la “subjetividad es una institución” (2013: 28), explora los procesos *destituyentes, constituyentes e instituyentes* que las experiencias de lucha y organización popular movilizan para deshacer los sentidos comunes, esa “distancia que la burguesía abrió en cada uno de nosotros como su eficacia más profunda” (2013: 25).

La filosofía de Rozitchner se encuentra dedicada a los militantes revolucionarios. El argentino manifiesta expresamente que su obra está dirigida a las izquierdas, puesto que se propone superar la “izquierda sin sujeto” y el “sujeto sin izquierda”. La política de izquierda sin cuerpo es el espejo tan temido de una ética con cuerpo sin política. “Todo lo que se crítica a la izquierda”, de acuerdo al pensador argentino, es una “crítica hacia uno mismo: a lo que tenemos de ella” (2011: 33). En lo fundamental, la filosofía clínica está orientada hacia la problematización de las dimensiones subjetivas abigarradas en las políticas de izquierda. En contextos de crisis, actualmente interesa una investigación que pueda politizar las formas de vida en común, el trabajo y sus malestares. Hoy se revelan unas *crisis de las subjetividades* que exceden lo ideológico y consciente. Son crisis en los dispositivos de colonización de los sujetos. Patentizan los signos de una inadecuación al mando del poder, una desobediencia contra el dominio. El fracaso de la subjetivación neoliberal hace síntoma en las luchas populares y feministas, en la catástrofe ecológica y en la contraofensiva de las “nuevas derechas”. Estas luchas muestran la imposibilidad de subsumir toda nuestra vida a la reproducción del capital. Los movimientos obreros y populares otorgan premisas para la tarea de reimaginar los procesos revolucionarios. Si el libro rozitchneriano de 1972 estaba dedicado a los militantes revolucionarios de los setenta, tal vez nuestro desafío filosófico del presente sea *actualizar* sus preguntas a la luz de las nuevas luchas con el objetivo de contribuir al reto de reimaginar las revoluciones. En las resistencias se gestan las potencias cognitivas y sensibles de un *nuevo concepto de eficacia política*. El problema de la eficacia en filosofía, en clínica y en política se conecta con la parcialidad de la perspectiva o punto de vista asumido. La situación concreta es una “parte” en la cual se elabora lo real de la totalidad desgarrada. El punto de partida de Rozitchner es Marx como pensador de las revoluciones. En este caso, la parcialidad de la situación vivida no prescinde de una

perspectiva crítica de la totalidad. Plantea los “grandes problemas estratégicos” de las emancipaciones a partir de un punto de vista concreto: la perspectiva de las luchas populares, el *punto de vista popular o proletario*, el antagonismo del cuerpo. Pero se trata de “otro Marx”, de uno en conexión con las pasiones en Spinoza y el deseo inconsciente en Freud. *El punto de vista de las luchas sociales es inseparable entonces de la premisa de los malestares y deseos.*

El desafío de reimaginar las revoluciones implica una investigación que pueda pensar por desplazamiento. Un materialismo activista que ubique posibilidades en los procesos de lucha, vida y organización, en virtud de contestar el pensamiento convencional detenido en las abstracciones impotentizantes de la dominación. La politización de nuestros modos de vida es una *mediación concreta* para reimaginar los futuros. Porque en el reconocimiento de los propios límites hay una potencia. La cuestión es combatir lo que “resiste en nosotros para ir más allá de los propios límites” (2013: 23). La elaboración de los límites inoculados por la interiorización del poder es aquello que permite discernir, en uno mismo, las fuerzas para enfrentar a los enemigos. En el enfrentamiento de los cuerpos en lucha se vivifica la imaginación de las revoluciones, politizando las vidas y malestares del trabajo vivo desde las tramas colectivas que constituyen nuestros cuerpos.

Si el *punto de vista del capital* es el de las contradicciones catastróficas y emancipatorias de la totalidad, el *punto de vista de los cuerpos en luchas* opera por desplazamiento al ubicar el antagonismo sobre el plano de las vidas. Si el primero estudia los mecanismos de dominio que pulverizan el cuerpo sensible resistente, el segundo busca ser capaz de captar los descatos, las tendencias autónomas y la politización de las existencias. Sin esta contracoherencia vivida en la experiencia no surgiría nunca un sujeto para las izquierdas. El punto de vista del cuerpo en lucha parte de dolencias y deseos concretos, como suelo colectivo desde el cual reimaginar las revoluciones y su eficacia terapéutica.

BIBLIOGRAFÍA

- Sucksdorf, C. (2018). "En busca del sujeto perdido", en *Aportes del Pensamiento Crítico Latinoamericano*. Buenos Aires: Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe.
- Percia, M. (2015). "El problema del sujeto en León Rozitchner", en *León Rozitchner: contra la servidumbre voluntaria*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Rozitchner, L. (2015). *Retratos filosóficos*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Rozitchner, L. (2013). *Freud y los límites del individualismo burgués*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Rozitchner, L. (2012). *Moral burguesa y revolución*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Rozitchner, L. (2011). *Acerca de la derrota y de los vencidos*. Buenos Aires: Quadratta.
- Rozitchner, L. (2008). *Freud y el problema del poder*. Buenos Aires: Losada.
- Rozitchner, L. (2003). *El terror y la gracia*. Buenos Aires: Norma ediciones.
- Rozitchner, L. (1996). *Las desventuras del sujeto político*. Buenos Aires: El cielo por asalto.

Recibido: 14 de mayo 2021

Aceptado: 18 de junio 2021